

APORTACIONES DE LA ETNOARQUEOLOGÍA AL ESTUDIO DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL OCCIDENTE CANTÁBRICO

David González Álvarez

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. Av. Profesor Aranguren s/n, Ciudad Universitaria. E-28040, Madrid · davidviso@hotmail.com

Resumen: En el presente trabajo trataremos de poner de relieve el importante papel que la Etnoarqueología puede desempeñar en la renovación de las interpretaciones arqueológicas elaboradas para algunos períodos prehistóricos, centrandó nuestra atención en los aportes de esta disciplina al estudio de la Edad del Hierro en el área cantábrica occidental. Presentamos también algunos casos concretos de estudio, en los que las aportaciones de la Etnoarqueología pueden enriquecer enormemente la interpretación arqueológica realizada sobre el registro material de las comunidades castreñas de la mitad occidental de la Cornisa Cantábrica.

Palabras clave: Etnoarqueología, Edad del Hierro, Castro, Occidente cantábrico.

Abstract: In this paper we will try to emphasize the important role that Ethnoarchaeology can play in the renovation of the archaeological interpretations for some prehistoric periods. We centre our attention on the contributions of this discipline to the study of the Iron Age on the Cantabrian western area. We show some cases of study, in which the contributions of Ethnoarchaeology can enrich enormously the archaeological interpretation realized on the material record of the Iron Age communities of the western part of the Cantabrian coast.

Key words: Ethnoarchaeology, Iron Age, Hillfort, Western Cantabrian.

1. A modo de introducción

En primer lugar, presentaremos de manera lo más sintética posible en qué consiste la Etnoarqueología (David y Kramer, 2001; González Ruibal, 2003a), enfocando nuestra atención a la presentación de los preceptos teóricos básicos de las corrientes historiográficas más recientes, las cuales son decididamente más sugerentes e interesantes que los enfoques más tradicionales de esta disciplina emergente. A continuación, pasamos a exponer la perspectiva particular de nuestro trabajo y nuestra concepción de la necesaria relación entre Etnoarqueología e interpretación arqueológica del Pasado -en nuestro caso la Edad del Hierro-, para presentar algunos casos concretos de estudio en los que en estos momentos

intentamos avanzar incorporando las enseñanzas derivadas de diferentes estudios etnoarqueológicos, tratando de ofrecer nuevas lecturas e interpretaciones de distintos problemas concernientes a las comunidades castreñas del occidente cantábrico del I^{er} milenio a.C.

2. Sobre la Etnoarqueología

Los trabajos etnoarqueológicos tienen un objetivo transversal en todos los marcos teóricos desde los que se ha desarrollado esta disciplina de las Ciencias Sociales: «*establecer las relaciones entre la cultura material y el comportamiento en las sociedades humanas*» (Schiffer, 1976: ix). Comparte, en su concepción y desarrollo, las experiencias obtenidas de la Arqueología y la Antropología; y se basa, en resumen, en la reflexión que hacen los arqueólogos sobre la cultura material de las sociedades premodernas vivas (González Ruibal, 2003a: 10). Queda clara, pues, la superación de otras definiciones más sencillas y menos ambiciosas, como sería la de «*trabajo etnográfico con metodología u óptica arqueológica*», que en muchos casos siguen vigentes en la bibliografía actual (*vid.* Vázquez Varela, 2000; Torres y Sagardoy, 2006).

La Etnoarqueología tiene, para los autores procesuales, el objetivo central de establecer *teorías de alcance medio* sobre las que construir *explicaciones* científicas del Pasado por medio de la Arqueología (Binford, 1967 y 1978; Yellen, 1977). Ahora bien, las motivaciones pueden ser otras, como las propias de las corrientes teóricas *postprocesuales*, que nos parecen mucho más estimulantes. Sin querer entrar en el debate teórico de la disciplina, asumimos, no obstante, que deben equilibrarse los enfoques cientifistas y hermenéutico-contextuales, pues no están completos del todo el uno sin el otro (David, 1992: 336-7), debiendo ambos funcionar conectados para construir la ciencia de la cultura material y los seres humanos que debe ser la Etnoarqueología, intentando descubrir así los ámbitos completos de las unidades de comportamiento de entre las que cada sociedad humana escogió una combinación particular.

La Etnoarqueología debe propiciar que reavivemos nuestra imaginación arqueológico-interpretativa. Tiene que ofrecernos estímulos y referencias que sirvan para ir construyendo un marco de comprensión general de las culturas humanas. Debe indicarnos perspectivas interesantes que nos sirvan para ampliar el abanico de los hilos interpretativos disponibles para los arqueólogos en sus reconstrucciones narrativas del Pasado (González Ruibal, 2003a), en las que la cultura material ha de ser el eje central de la narrativa.

La Etnoarqueología trata, en la mayoría de las ocasiones, con un «*Otro*» que no forma parte del sistema social, económico ni político de Occidente, y al que se le ha impuesto *nuestra* visión de *su* historia e identidad (*ib.*: 12). La perspectiva etnoarqueológica debe servirnos, ante todo, para poder comprender la multiplicidad de ópticas y correlatos interpretativos con los que pueden asociarse los diferentes caracteres y formas de la cultura material, más allá de la habitual homogeneización que se suele efectuar de la experiencia *no-occidental* o *no-urbana*. La Etnoarqueología debe servir para despertar la conciencia de la existencia de esos «*Otros*», opuestos o diferentes respecto a nuestras características culturales, y que han sido menospreciados por el sistema *culto-occidental-urbano* de

generación, fijación y transmisión del conocimiento. La práctica etnoarqueológica debe suponer un ejercicio de deconstrucción de nuestro pensamiento sociocultural (Falquina, 2005: 11), para intentar superar el etnocentrismo y el esencialismo de nuestras interpretaciones arqueológicas, dándoles así un carácter dinámico y contextual, éticamente responsable hacia los sujetos miembros de las sociedades que estudiemos. Del mismo modo, debe ser capaz de «*generar ideas que favorezcan el debate arqueológico y de contribuir al conocimiento de las sociedades con las que se trabaja, teniendo en cuenta sus tradiciones, ideas y puntos de vista*» por medio de una reflexión crítica y honesta (González Ruibal, 2003a: 12). Asimismo, «*el respeto a las personas que estudiamos, la necesidad de contribuir a su desarrollo (dentro de sus parámetros culturales, y no en función de nuestra idea de desarrollo ligada al capitalismo) y a la protección de su cultura deben contarse entre los imperativos éticos que más debe tener en cuenta quien practique Etnoarqueología*» (ib.: 15). Con todo lo anterior no pretendemos, ni mucho menos, plantear que las comunidades tradicionales son maravillosas; son, simplemente, *diferentes*.

La cultura material constituye el elemento clave y definidor de la Etnoarqueología, tal y como lo es de la Arqueología. Así, los etnoarqueólogos comparten teoría y método con los arqueólogos (González Ruibal, 2003b: 17). Podemos dar una definición del estudio de la cultura material como «*el estudio de lo material, procesado o no, transformado por la acción humana como expresión de cultura*», atendiendo a que «*la cultura material no es un mero reflejo del comportamiento humano, es una parte del comportamiento humano*» (ib.). Siguiendo a Hodder (1982 y 1994), las dimensiones simbólica y funcional de estos elementos materiales (tanto instrumentos como señales, símbolos, signos, percepciones...) aparecen inequívocamente unidas y ninguna de las dos puede ser menospreciada. Los etnoarqueólogos no debemos olvidar que la cultura material no debería ser objeto de estudio en sí misma, sino que se constituye nuestra única fuente informativa para poder estudiar globalmente a las comunidades humanas. La cultura material debe ser considerada como algo significativamente construido, y no como meros objetos físicos sobre los que el investigador puede cimentar sus *explicaciones* tecnoeconómicas y/o ecológicas. Los objetos, los espacios, juegan un papel destacado y activo en la construcción de las sociedades (Bourdieu, 1997), y su percepción e *interpretación* es variable en el tiempo y en el espacio, así como en función de qué miembro de la sociedad use o conciba tales objetos.

Se ha de reconocer que, se explicita o no, toda reconstrucción del Pasado realizada en función de sus restos materiales es analógica de alguna forma, al construirse sobre observaciones y teorías actuales, con la analogía etnográfica como herramienta más rudimentaria (Fernández Martínez, 1994: 138; Gándara, 2006: 14); debiendo existir antes de su aplicación, no obstante, una base de semejanza que haga viable esta forma de comparación (Hernando, 1995: 21). Analogía fue definida como «*el traspaso de información de un objeto a otro en función de alguna relación de comparabilidad entre ellos*» (Wylie, 1985). La confusión de Etnoarqueología con analogía etnográfica sólo conduce a la descalificación mutua de sus resultados (Hernando, 1995: 20). De este modo, la analogía etnográfica se ocupará de forma particular de los elementos que integren la cultura, mientras que la Etnoarqueología se preocupará por los contextos culturales, pudiendo calificar como descriptiva a la primera y de interpretativa (descripción densa) a esta última (ib.: 22). Así pues, la Etnoarqueología debe ir mucho más allá que la analogía etnográfica.

A pesar de que en muchos estudios etnoarqueológicos sus autores no pretendan ir más allá del conocimiento de las propias comunidades estudiadas (David y Kramer 2001: 32), sus resultados son tremendamente valiosos para ser empleados como puntos de partida, como generadores de referentes e ideas que puedan utilizarse, por otros investigadores, para reavivar sus procesos de síntesis e interpretación arqueológica, o para plantear o reconducir distintos cuestionamientos previos al inicio de estas investigaciones arqueológicas. La viabilidad de la Etnoarqueología como disciplina autónoma generadora de estímulos y referentes inspiradores para la reflexión interpretativa del Pasado, a partir de sus restos materiales, nos parece totalmente clara, más allá de la primera opción antes mencionada.

3. Etnoarqueología y Edad del Hierro: un diálogo necesario

A nuestro parecer, si hay un período prehistórico que necesite de especial renovación, en cuanto a su fondo y a sus formas investigadoras, ese es el de la Edad del Hierro. Algunos autores (Hill, 1989 y 1992) han venido clamando desde hace tiempo, con gran acierto, por esa necesaria renovación, pues la visión que se nos ofrece de la Edad del Hierro sigue siendo «*aburrida, sobre todo si la comparamos con los períodos más antiguos de la Prehistoria, que son estimulantes y apasionantes*» (Hill y Cumberpatch, 1993: 128).

Con la tradicional tendencia establecida de asumir la Edad del Hierro como algo cercano, propio, familiar... se ha minusvalorado el papel del registro arqueológico al que se asocia, ensombrecido también por las referencias escritas de las fuentes clásicas. Parece obvio, pero debemos recordar que la cultura material ha de ser el centro de atención prioritario de los estudios arqueológicos sobre la Edad del Hierro.

Son pocas las aproximaciones que construyen con rasgos de *otredad* las caracterizaciones asociadas a las comunidades del Ier milenio a.C. (*vid.* González Ruibal, 2006-07). Abundan, en cambio, los referentes celticistas, las analogías acriticas con los mundos rurales tradicionales europeos o con contextos medievales. Estos enfoques no pueden sustraerse de los componentes presentistas, etnocentristas, simplificadores y globalizadores de los que están fuertemente impregnados (Hill, 1989; González Ruibal, 2005). Estos sesgos son realmente peligrosos, ya que son muy difíciles de reconocer por los lectores no precavidos ante estas problemáticas, que se encuentran con narraciones simples, cerradas, en las que el *sentido común* (del investigador) opera por encima de cualquier otra perspectiva, pivotando cada salto mortal interpretativo. Estos estudios tradicionales son difíciles de sustituir por otros relatos más críticos y contextuales, que a la vez introduzcan las incertidumbres, dudas y vacíos que le son propias a nuestra disciplina y que no debemos tratar de ocultar, para ser honestos con los resultados de nuestros trabajos. Con todo esto, se acaba por transmitir una falsa concepción de continuidad entre la Edad del Hierro y el presente, donde encontramos una multiplicidad de constructos históricos plagados de *ancestros* o *antepasados*, que sustentan variados discursos ideológicos, políticos o identitarios que responden a preocupaciones relacionadas más con el presente que con la voluntad de comprender a las comunidades del pasado (Dietler, 1994; Díaz Santana, 2001; López Jiménez, 2001; Whitley, 2002; Marín, 2005), que se acaban convirtiendo en meros pretextos para soportar determinados ideales actuales.

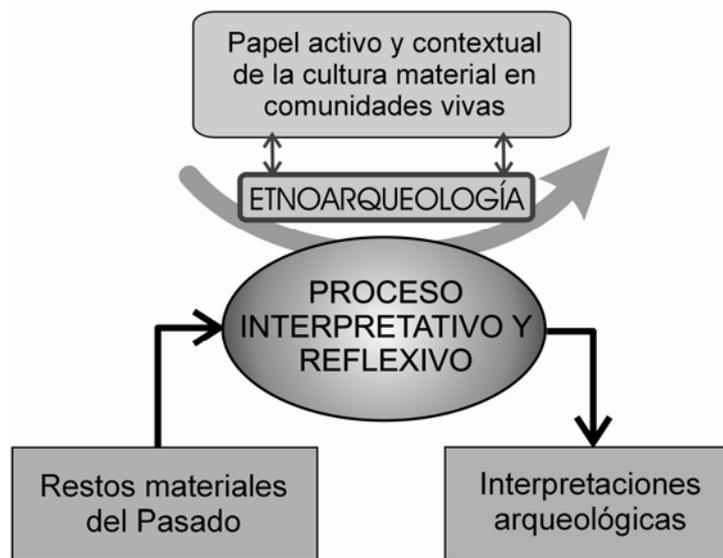


Figura 1. Relación planteada entre la Etnoarqueología y el proceso interpretativo en la Arqueología prehistórica.

Tras ver la recurrente falta de originalidad de los trabajos arqueológicos sobre la Edad del Hierro, que continúan mostrando una factura muy tradicional, pensemos ahora en plantear la necesidad de renovar estos estudios, tal y como lo han hecho ya los arqueólogos que trabajan en períodos anteriores. Éstos, debido a la ausencia de referentes escritos, emplean con mayor libertad vías de trabajo más sugerentes, pues generalmente se encuentran ajenos a esa percepción de ligazón entre ellos mismos y sus sujetos de estudio (Hill, 1989: 16). Creemos que una de las posibles vías de renovación puede venir dada por la inclusión de las aportaciones que nos ofrece la Etnoarqueología en el proceso de interpretación arqueológica. Estas aportaciones vendrían a actuar como un revulsivo catalizador de nuestros procesos de interpretación, algo que debería acompañarse de los aportes de otras disciplinas de las Ciencias Sociales como la Antropología, la Sociología o la Economía.

El proceso de trabajo que aquí planteamos, y que posteriormente especificaremos para algunos casos concretos de estudio relacionados con las comunidades castreñas de la mitad occidental de la cornisa cantábrica, trata de imbricar el análisis y la interpretación del registro arqueológico de la Edad del Hierro, con la atención a las enseñanzas, referentes y fuentes de inspiración que pueden proporcionarnos los trabajos etnoarqueológicos (Fig. 1). Hablamos siempre de una Etnoarqueología desarrollada según los preceptos planteados por las corrientes historiográficas postprocesuales, más allá de las simples analogías aisladas - *buckshot approach*, o *aproximación del perdigón* (Yellen, 1977)-, que sirven muchas veces

sólo para apuntalar ideas o esquemas ya preconcebidos en la mente de los investigadores, siguiendo un nunca inocente *sentido común*.

4. Aportaciones de la Etnoarqueología al estudio de la Edad del Hierro en el Occidente cantábrico

4.1. La tradición oral como fuente de información en Arqueología

El conocimiento y la percepción mítica que generan (o generaron) las comunidades campesinas tradicionales del entorno inmediato en el que viven (o vivían), puede utilizarse como una fuente de información más -tras un severo análisis crítico- que aporte nuevos datos al proceder interpretativo de la Arqueología. En el caso del medio rural asturiano, estamos viendo que sí puede arrojar luz a la Arqueología castreña en algunos casos (González Álvarez, e.p.).

Las comunidades tradicionales mantienen -o mantenían, hasta hace pocas décadas- un sistema mítico de explicación de su realidad (Hernando, 2002), en el cual las narraciones orales juegan una gran importancia como mecanismo estructural de transmisión de sus conocimientos, y como referente de comprensión y seguridad ante su entorno. Así, multitud de relatos orales tienen como escenario los yacimientos castreños. En su afán por dar explicación a algunas evidencias materiales y estructurales que percibían en tales enclaves, y que no comprendían o lograban darles alguna explicación según sus propios parámetros, las gentes elaboraron -por acumulación- explicaciones realizadas en función de las experiencias vivenciales que les eran próximas o familiares.

A modo de ejemplo, son recurrentes los relatos en los que los míticos *moros* jugaban a los bolos, con bolos y bolas de oro, en boleras que se sitúan en los recintos castreños. No nos cabe duda de que si sustituimos en ese relato a las boleras por los fosos de los castros, y a los elementos de oro por materiales bronceos, como calderos o hachas de talón y anillas, obtenemos una asociación de materiales arqueológicos que es también reconocida en la literatura arqueológica, con ejemplos en algunos castros como el de L.larón, en Cangas del Narcea (Maya y de Blas, 1983) o el de Alava, en Salas (Álvarez, Expósito y González, 2007: 20-21) (Fig. 2), asociación de la que nos estarían informando también estas leyendas procedentes de la tradición oral. Tras la atención a estos relatos, podríamos reforzar estos vínculos y aumentar el número de casos concretos de estas asociaciones con ejemplos en los que los hallazgos de materiales no han tenido repercusión en el ámbito académico y sí en el popular (vid. Suárez López, 2001: 125-134). Por otro lado, nos podemos encontrar con el problema de que en ciertas ocasiones estas leyendas hayan perdido su conexión locacional original, y un relato previo se haya adaptado a una nueva localización.

El estudio etnoarqueológico de las narraciones orales relacionadas con recintos castreños ya ha sido abordado en la línea que planteamos por algunos autores para el ámbito gallego (Arizaga y Ayán, 2007). De sus resultados, además de comprender mejor estos mecanismos orales que dan significado a los restos arqueológicos (y por tanto, generan seguridad ante la existencia de esos restos o estructuras no comprendidas según su



Figura 2. Vista del foso del castro de Alava (Salas, Asturias).

propio código), podemos entresacar datos interesantes, introduciendo estas narraciones en algunos planos de la investigación arqueológica. Así, podríamos emplear estos relatos en la lista de *elementos sintomáticos* a los que atender en las tareas de prospección, o utilizarlos en el proceso de interpretación arqueológica, como un referente más, elaborado por una opción de conocimiento diferente a la arqueológico-académica que nosotros manejamos. A la vez, la contrastación de los discursos contruidos desde la tradición oral campesina con los arqueológicos, nos puede facilitar el acceso a visiones connotadas de otredad de paisajes, enclaves, evidencias materiales... lo que nos ayudará a sustraernos de los componentes presentistas y etnocéntricos de los que nos es tan difícil desprendernos en nuestras investigaciones académicas.

4.2. Formas castreñas de subsistencia y producción

Normalmente, el debate académico sobre las formas de producción y subsistencia castreñas ha estado demasiado polarizado, tendiendo unos y otros autores hacia la presentación de diferentes extremos, según los cuales las comunidades castreñas eran eminentemente ganaderas, sobre todo agricultoras, realizaban importantes labores recolectoras... Muy pocos son los investigadores que nos muestran una fotografía *panorámica* de la economía castreña, en la que ganadería, agricultura, recolección... se

solapen e integren en un ciclo completo de aprovechamiento del medio en el que vivieron. Además de esto, tenemos que ampliar el rango de variabilidad y multiplicidad de estos fotogramas, introduciendo matices geográficos y cronológicos, que harían que la realidad subsistencial y productiva de estas comunidades fuese bastante diferente en cada contexto particular.

Hasta no hace mucho tiempo, este déficit interpretativo ha sido casi forzoso, por la ausencia de datos con los que cimentar unas u otras opciones, ya que no se contaba con la publicación de los referentes necesarios para adentrarse en este tipo de cuestiones; la Arqueología castreña del occidente cantábrico seguía focalizando su atención en las cuestiones cronoculturales (Marín, 2005: 113-137). Poco a poco, estos problemas se han ido solventando, y cada vez contamos con un mayor número de referentes publicados: paleoclimáticos, paleobotánicos, fanunísticos, del registro de espacios domésticos con sus correspondientes planimetrías detalladas, o incluso identificaciones de espacios productivos exteriores a los castros.

Con todos estos nuevos datos, llega el momento de poder trabajar en nuevas narraciones interpretativas, elaboradas a partir del registro arqueológico, para poder dejar al margen los pobres y cuestionables datos de las fuentes grecolatinas, que hasta ahora apuntalaban, junto al *sentido común* (sic), los relatos sobre la Edad del Hierro cantábrica, en los que básicamente se rellenaban los espacios demarcados por las dataciones radiocarbónicas con extractos de las fuentes clásicas. Nos encontramos ya en condición de elaborar nuevas síntesis arqueológicas que afronten estas problemáticas de estudio con un enfoque más contextual.

4.2.1. Caso de estudio: La cuenca del Pigüeña

Siguiendo esta línea, y a modo de caso práctico, planteamos un ejemplo de interpretación elaborado con estos antecedentes que, a la vez, parte de diversos trabajos etnoarqueológicos que han funcionado como referentes inspiradores para nuestra propuesta. Lo que tratamos de afrontar es el estudio de una serie de asentamientos castreños que se sitúan en la cabecera de algunos valles de la cordillera cantábrica, erigidos en cotas que rondan o superan los 1000 metros de altura. En particular, nos centraremos aquí en la cuenca alta del río Pigüeña, en los municipios asturianos de Somiéu y Miranda.

No hemos tenido que irnos demasiado lejos para encontrar los marcos referenciales de los cuales extraer contextos vivos en los que realizar lecturas etnoarqueológicas que luego manejar como puntos de referencia en nuestro trabajo. En el mismo ámbito espacial, las comunidades tradicionales asturianas desarrollan formas de vida con un destacado papel de la ganadería extensiva en su esquema productivo, que se extiende por diferentes escenarios, entre los que sobresalen por su importancia los pastos de altura en donde se sitúan los yacimientos que nos proponemos estudiar. Destaca el colectivo de los *vaqueiros d'alzada*, comunidades trashumantes bien conocidas en la bibliografía (Acebedo y Huelves, 1893; Uría Ríu, 1976; García Martínez, 1988; Cátedra, 1989), cuya observancia puede sernos muy útil para acercarnos a la realidad material del poblamiento prerromano del área. Además de los *vaqueiros*, las comunidades estantes del fondo de los valles también desarrollan otros esquemas productivos con un papel importante de la ganadería extensiva,

que se completa con el cultivo de huertas o cereales como la escanda, con buenos rendimientos en los terrenos a media ladera. Más lejanas, pero igual de valiosas, tenemos que tener en mente otras referencias potenciales en lugares tan dispares como Irán (Salzman, 2002) o Galicia (Ballesteros, 2004), entre otros (Señorán, 2007). No pretendemos comparar arbitrariamente contextos cantábricos con ejemplos de Papúa o Madagascar de manera mecánica o acrítica, pero sí que nos resulta extremadamente valioso reconocer realidades socioculturales variadas, en donde los estudios de cultura material, en comunidades preindustriales vivas, nos permitan imaginar nuevas posibilidades interpretativas para contextos materiales recuperados por la Arqueología prehistórica.

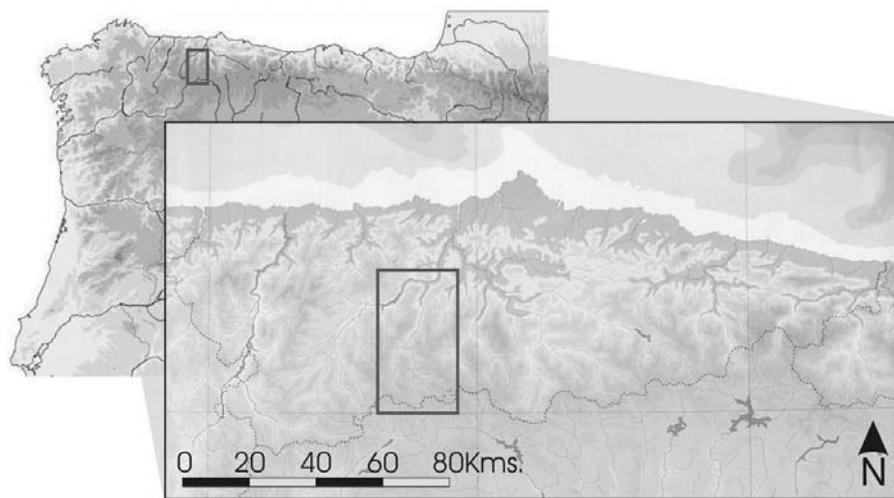


Figura 3. Situación geográfica del área de estudio: la cuenca del Pigüeña.

Tras conocer estos referentes, de los que podemos obtener un buen conocimiento desde una perspectiva etnoarqueológica (González Álvarez, 2007), hemos podido plantear nuestro trabajo -aún en una fase inicial- por el cual trataremos de entender las formas de vida y pautas de poblamiento de las comunidades prerromanas cantábricas en áreas de montaña como la que aquí nos ocupa. Intentaremos, llegado el momento final de nuestra tarea, ofrecer relatos en los que la cultura material sea el eje central de la narrativa, alimentándonos en nuestro proceso de investigación de las descripciones densas recogidas en los trabajos etnoarqueológicos, en los que se pone de relieve el papel de la cultura material en los contextos socioculturales estudiados, para a partir de entonces, retomar los trabajos de análisis e interpretación del registro arqueológico pretérito.

A lo largo de la cuenca del Pigüeña (Fig. 3) se disponen hasta una veintena de emplazamientos castreños (Fernández Mier, 1999; Díaz *et al.*, 1999; Fanjul Peraza, 2005; Estrada, 2007), aunque en algunos pocos casos su reconocimiento no está suficientemente claro. El interés de este conjunto de enclaves castreños es la concentración de sitios en

algunas secciones del valle y, sobre todo, la aparición de algunos casos que rondan o superan los 1000 metros de altitud.

Las evidencias paleoclimáticas y paleobotánicas para el I milenio a.C. en el Noroeste peninsular (Aira y Vázquez Varela, 1985; Figueiral, 1993; Díaz-Fierros, 1996; Ruiz-Gálvez, 1998: 192-195; Kristiansen, 2001: 50-55) nos hablan de un clima quizá un poco más húmedo y frío que el actual, en el que los espacios abiertos ganaban progresivamente terreno sobre el bosque caducifolio por un creciente proceso de deforestación, tras el cual se situarían acciones antrópicas determinadas, como la incidencia del pastoreo, la apertura de nuevos espacios cultivables, talas, quemadas... Visto lo anterior, podemos apuntar que los yacimientos tan elevados no se corresponderían, en ese marco climático-ambiental, con enclaves habitados durante todo el año, por lo que deberíamos interpretarlos, más bien, como enclaves estacionales que las comunidades castreñas emplearían en la temporada estival, para aprovechar las excelentes zonas de pastos de montaña que se abren en el entorno de estos sitios.

La ganadería estacional tendría gran importancia en estas áreas de montaña, algo que confirman los escasos referentes procedentes de excavaciones arqueológicas del entorno próximo, como los castros de La Garma y La Cogollina en Teberga (Fanjul Peraza, 2007; Fernández Rodríguez, 2007; Fanjul Peraza *et al.*, 2007), que sugieren cierta especialización en la dedicación productiva de, al menos, un sector importante de estas comunidades. Así, podríamos plantear el uso de los pastos de los puertos por comunidades castreñas que, en invierno, habitarían los castros de la parte baja o media de los valles de montaña, y ya en la temporada estival, aprovecharían los pastos de diente de las zonas más altas, en las que dispondrían de distintos patrones de asentamiento, siguiendo distintas posibilidades. En función de la presión ejercida por el control y aprovechamiento de las distintas zonas de pastos, que en nuestro caso de estudio sería alta, los grupos de personas que acompañasen al ganado mantendrían distintos patrones de asentamiento y movilidad.

En un extremo, tendríamos las zonas de pastos de no muy buena calidad, con bajas densidades de población en las zonas al piedemonte del área montañosa. Aquí, el patrón sería de mayor movilidad, con una menor necesidad de control del terreno de pastos, por lo que los formatos de habitación elegidos por las mujeres y los hombres que acompañaban al ganado serían asentamientos sencillos levantados con materias obtenidas del entorno inmediato a estos enclaves, similares a las brañas actuales (Díaz, García y Sagasti, 1987; García Martínez, 1988: 224-230; Álvarez González, 2001; Linares, 2004: 29-42; Graña y López, 2007), que apenas dejarían rastros en el registro arqueológico (Fig. 4). A esto añadimos el hecho de que, siendo un formato inédito de hábitat para esta época en el área de estudio, podría haberse pasado por alto su existencia hasta el momento. Esta idea ya ha sido apuntada por algunos autores (González Fernández-Vallés, 1976: 186; Fanjul Peraza, 2007: 30; Fernández Mier 1999: 165-166), aunque debemos de contemplarla siempre en un marco amplio, con una gran variedad de soluciones.



Figura 4. Ruinas de una construcción ganadera en la braña de La Pornacal (Somiéu). Han pasado un par de años desde que comenzó a arruinarse y en pocas décadas no quedarían evidencias notorias sobre el terreno para reconocer su existencia.

El polo opuesto del rango posible de sistemas de poblamiento lo encontraríamos en las zonas con especial presión por el control y el aprovechamiento de las zonas de pastos, propiciado por mayores densidades de población en el piedemonte y por las mejores cualidades de los propios pastizales. En este contexto se harían necesarios mecanismos para reclamar, por decirlo de alguna manera, el derecho al aprovechamiento de estos pastizales. En la Edad del Hierro, con el nuevo discurso de la materialidad establecido por los comunidades castreñas, ya no serían los monumentos megalíticos los hitos demarcadores y ordenadores del espacio, como ocurría en los períodos anteriores de la Prehistoria reciente cantábrica (De Blas, 1983), sino que serían los propios poblados (Fig. 5), monumentalizados, los que denotarían similares mensajes de parcelamiento, definición o codificación de las territorialidades de un paisaje, en clave identitaria, social, simbólica y productiva, que tomaría forma con las comunidades castreñas del I^{er} milenio a.C. (Parcero, 2002; González Ruibal, 2006-07: 103-118).

Dentro de estos modos productivos diversificados, en los que ya hemos planteado el papel de la ganadería, seguirían funcionando otras actividades subsistenciales, con la agricultura de huerta y la cerealista -llevada a cabo de forma extensiva, mediante cultivos de

tala y roza en terrenos similares a los de pastos-, las actividades recolectoras, las artesanías y las actividades de mantenimiento y reproducción de la propia comunidad. Respecto a la agricultura, una tarea pendiente para nuestro ámbito de estudio es la localización y estudio de las áreas de cultivo, algo que por ejemplo en Galicia ya empieza a ofrecer interesantes datos (Parcero, 1998), y que en nuestra área apenas puede atisbarse para algunos pocos ejemplos, como *El Castru* de Vigaña, en Miranda (Fernández Mier, 1999: 260-161). El estudio de las actividades artesanas, tales como la cestería, la alfarería, la metalurgia, confección textil... deben comenzar a recibir nuestra atención, más allá de un interés puramente tipológico, y en su estudio han de incorporarse referentes etnoarqueológicos que apoyen descripciones densas que den lugar a relatos interpretativos interesantes (Marín, 2007 y 2008). El último grupo de tareas productivas de la anterior enumeración, las actividades de mantenimiento y reproducción grupal (Sanahuja, 2007: 21-28) es, sin duda alguna, el más desatendido por la investigación actual (Hernando, 2005), y es algo que, necesariamente, debemos abordar con urgencia para dar presencia en nuestras interpretaciones a la mitad de la población protagonista de nuestros relatos.



Figura 5. Vista general del castro de El Castiel.lu de L.lamardal (Somiéu), a 1200 metros de altitud.

Por supuesto, la hipótesis que aquí brevemente presentamos sobre las prácticas ganaderas castreñas requiere una futura contrastación, fundamentalmente mediante el

examen atento de los restos faunísticos con los que contamos en el registro material castreño, y con una exploración arqueológica más intensiva de estas áreas de montaña y sus poblados. Tras esto, llegaremos a tener las claves para enriquecer las interpretaciones sobre los modos productivos castreños, desde una perspectiva que, obligadamente, ha de ser amplia, comprensiva y contextual, elaborada atendiendo a todas las partes del conjunto.

4.3. La necesaria otredad de los sujetos castreños

Se nos hace del todo necesario introducir cierta distancia entre los sujetos investigadores y los sujetos castreños investigados, para sortear el principal problema que Hill y Cumberpatch (1993) señalaban para alcanzar una renovación de los estudios de la Edad del Hierro en Europa. En este proceso, debemos tratar de esquivar términos como *ancestros*, que nada aportan al conocimiento sobre esas comunidades humanas, sino que su verdadero objetivo no es otro que generar referentes pretéritos a los que retrotraer principios y realidades actuales, con la intención última de justificar situaciones propias del contexto propio del investigador, sin relación significativa con la realidad humana investigada por los arqueólogos. En esta acción no cuestiono ni mucho menos actitudes e intenciones individuales de unos u otros autores, sino la propia dinámica y el contexto en el que tomó forma la Arqueología como disciplina científica, marco en el que sigue aún funcionando (Hernando, 2006).

En este necesario replanteamiento de puntos de partida, medios y objetivos de la Arqueología, la Etnoarqueología puede ser un buen referente del que aprender a extraer apoyos con los que aprender a manejar estudios materiales en los que los protagonistas sí que son personajes definidos por su *otredad* (González Ruibal, 2003a).

4.4. Relación entre la realidad de las comunidades ágrafas castreñas y las referencias escritas producidas por los autores alóctonos romanos

La existencia de referencias a los habitantes prerromanos del área septentrional de la Península Ibérica en las obras de los autores clásicos ha sido una pesada losa omnipresente en los estudios arqueológicos sobre la Edad del Hierro cantábrica. Pocos autores han podido evadirse por completo de las sentencias *explicativas* emanadas de dichos autores, más allá de discusiones y matices de carácter filológico sobre unas u otras traducciones posibles o de advertir, ante su utilización en las narraciones arqueológicas, sobre la parcialidad de tales referencias, exponer el perfil historiográfico y la trayectoria biográfica de cada autor o indicar la intención política de estos textos en un contexto histórico determinado dentro del ámbito grecolatino.

Como ya hemos dicho, creemos que en el estudio arqueológico de una realidad determinada ha de ser la cultura material el principal foco de atención del arqueólogo, que no debe subordinar sus interpretaciones arqueológicas a los rígidos marcos delimitados por los autores clásicos. Con lo anterior, no pretendemos negar el valor de esos datos; asumimos la importancia de estas fuentes de información y, por ello, creemos que debemos cuestionar su aplicación en Arqueología. Para ello, pensamos en un mecanismo preliminar que nos ayude a comprender el valor informativo de estas fuentes, sus sesgos y sus particularidades.

Para tomar conciencia de la capacidad informativa de unos relatos realizados por observadores externos -procedentes de una sociedad con escritura y tecnoeconómicamente más compleja que la descrita-, sobre estas comunidades abocadas a la inmediata e inexorable aculturación -como sería el caso de las referencias clásicas sobre los indígenas castreños-, debemos de estudiar fenómenos similares en contextos en los que dispongamos de esos relatos cultos alóctonos, y en los que también dispongamos de interpretaciones narrativas elaboradas en base al estudio contextual de su cultura material. Este ejercicio podría ser perfectamente abordado estudiando situaciones equiparables de contacto, como podrían ser los procesos de colonización de época moderna y contemporánea en diferentes escenarios en los que contásemos con textos de los conquistadores/colonizadores describiendo las poblaciones indígenas, y por otro lado, buenos trabajos etnoarqueológicos sobre esas mismas comunidades.

Sólo a partir de las conclusiones obtenidas de un estudio de estas características podríamos obtener unas referencias de partida sobre las que poder elaborar un buen análisis crítico del contenido de las referencias clásicas de los autores grecolatinos sobre las comunidades de la Edad del Hierro cantábrico.

4.5. Otros aspectos

Hay otros puntos potencialmente interesantes a tratar, siguiendo líneas de aproximación similares a las planteadas para los casos en los que nos hemos detenido más atentamente. Para no alargarnos en la exposición, pero sin dejar de lado estas otras ideas, paso ahora simplemente a presentarlas, bosquejando algunas de estas otras líneas de actuación en las que la Etnoarqueología podría ser un buen revulsivo de la Arqueología castreña.

4.5.1. El espacio construido

Tradicionalmente se ha desatendido a las unidades domésticas, más allá de su concepción como meros contenedores de artefactos recuperables por medio de excavaciones arqueológicas. Es necesario poner de relieve la significación simbólica de los espacios domésticos que nos proporcionan diferentes estudios etnoarqueológicos realizados por diferentes autores (Kent, 1990; Rappaport, 1990), que algunos investigadores del ámbito castreño ya están comenzando a introducir con notable éxito (Ayán, 2008).

4.5.2. El paisaje castreño

Se hace necesario desbordar, en el estudio de las comunidades castreñas, el espacio de los propios castros. Se ha señalado ya lo significativo de que sea el término "castro" lo que ha condicionado la nomenclatura del período que nos ocupa (Arizaga y Ayán, 2007). Poco hay, o había hasta no hace mucho, más allá de las murallas de estos recintos fortificados. No es nada raro que no se haya documentado hábitat abierto o espacios productivos, si una vez delimitado el perímetro amurallado, se volvía la vista de nuevo al espacio intramuros. Debemos superar esta concepción, para llegar a comprender las comunidades castreñas y sus paisajes vivenciales, y de nuevo se nos antojan los estudios

etnoarqueológicos los referentes propicios para repensar los paisajes castreños, y elaborar nuevas síntesis en las que sí tengan cabida estas cuestiones.

4.5.3. Diversidad frente a uniformidad

No estaría de más poder enterrar términos tradicionales como el de *Cultura castreña*, sustituyéndolos por nomenclaturas más ajustadas a las realidades variables, diversas, que, poco a poco, las investigaciones recientes sobre las comunidades castreñas van poniendo de relieve, más allá de la clásica concepción de uniformidad en la que se dibujaban las reconstrucciones históricas realizadas en los marcos histórico-culturales. La antes citada búsqueda de la *otredad*, la exposición de las diferencias, la superación del temor a no transmitir certezas absolutas sobre nuestros objetos de estudio, han de ser las vías para cimentar este necesario giro, con el que edificaremos narraciones arqueológicas más honestas hacia el público y para con las propias comunidades prehistóricas protagonistas de nuestros estudios.

5. Reflexiones finales

La Etnoarqueología es una disciplina que puede convertirse en una buena fuente de estímulos que nos sirvan para renovar o repensar la investigación de períodos prehistóricos como el contexto castreño de la Edad del Hierro cantábrica.

Resaltando la diferencia en la Edad del Hierro, conseguiremos alcanzar una comprensión más completa y crítica de lo acontecido en el Pasado, desafiando a la vez la univocalidad de los sucesos del Presente (Hill y Cumberpatch, 1993: 136).

Quizá la generalizada ausencia de estructuras de habitación al aire libre anteriores al contexto castreño para la región cantábrica occidental, nos ha llevado a sobrevalorar la aparición de los castros como reflejo de una sedentarización de las comunidades prehistóricas del área cantábrica occidental que no fue tan categórica; podemos entender, por ello, la ausencia de propuestas que hayan valorado ciertos componentes de movilidad en las pautas productivas y de poblamiento de las comunidades castreñas.

No podemos simplificar el proceso de construcción del paisaje aldeano castreño, que ni sería unívoco, ni uniforme. Cabe insistir, una vez más, en la necesidad de contemplar cierto rango de variabilidad (geográfico, cronológico y cultural) en las caracterizaciones generales de las comunidades castreñas del área cantábrica.

En las narraciones interpretativas elaboradas por la Arqueología sobre las comunidades castreñas debemos atender, de forma prioritaria, al estudio de la cultura material. Fuentes informativas, como las proporcionadas por los autores grecolatinos, no pueden emplearse en combinación equilibrada con la interpretación arqueológica. Sólo tras la observancia de la potencialidad y contrastación de ambas fuentes, en casos similares en los que contemos con los dos corpus informativos, podremos plantearnos equiparar la conveniencia de su aplicación conjunta para elaborar nuestras reconstrucciones arqueológicas sobre el pasado.

Agradecimientos

Este artículo no sería posible sin las largas sesiones de discusión llevadas a cabo con mis amigos y compañeros Valentín Álvarez, Carlos Marín y Gustavo Pajares. Muchas de las ideas que aquí planteo surgieron al hilo de esas fructíferas conversaciones, conjugadas con la lectura de las obras citadas en este texto. Por supuesto, de su acertada composición y de la adecuación de los planteamientos soy yo el único responsable.

Referencias

- Acebedo y Huelves, B. (1893): *Los vaqueiros de alzada en Asturias*. Oviedo.
- Aira Rodríguez, M. J. y Vázquez Varela, J. M. (1985): Nuevos datos palinológicos sobre la agricultura prehistórica en Galicia (España). *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 25(2-4), 242-252.
- Álvarez González, M. (2001): *El Teito de Escoba en Somiedo*. Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos del Principado de Asturias, Oviedo.
- Álvarez Martínez, V., Expósito Mangas, D. y González Álvarez, D. (2007): Los castros del concejo de Salas. *Salas en el Camino*, 3, 16-26.
- Arizaga Castro, A. y Ayán Vila, X. M. (2007): Etnoarqueología del paisaje castreño: La segunda vida de los castros. En: F.J. González García (coord.), *Los pueblos de la Galicia céltica*. Akal, Madrid, 445-531.
- Ayán Vila, X. (2008): A Round Iron Age: The Circular House in the Hillforts of the Northwestern Iberian Peninsula. *Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6, 903-1003. [<http://www.uwm.edu/Dept/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/index.html>].
- Ballesteros Arias, P. (2004): Arquitectura tradicional ganadeira na Serra do Suído: a resposta dunha tradición. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 51(117), 9-48.
- Binford, L. R. (1967): Smudge pits and hide smoking: the use of analogy in archaeological reasoning. *American Antiquity*, 32, 1-12.
- Binford, L. R. (1978): *Nunamiut Ethnoarchaeology*. Academic Press, New York.
- Blas Cortina, M. A. de (1983): *La Prehistoria Reciente en Asturias*. Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias, Oviedo.
- Bourdieu, P. (1997): *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.

- Cátedra Tomás, M. (1989): *La vida y el mundo de los vaqueiros de alzada*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- David, N. (1992): Integrating Ethnoarchaeology: A Subtle Realist Perspective. *Journal of Anthropological Archaeology*, 11, 330-359.
- David, N. y Kramer, C (2001): *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Díaz, S., García, F. y Sagasti, J. (1987): Construcciones ganaderas de la sierra de Aramo. *Ástura, Nuevos Cortafueyos d'Asturies*, 6, 13-21.
- Díaz-Fierros Viqueira, F. (1996): Clima e solos de Galicia na época romana. En: A. Rodríguez Colmenero (ed.): *Lucus Augusti. I. El Amanecer de una Ciudad*. Fundación Pedro Barrié de la Mazá, A Coruña, 9-24
- Díaz Nosty, B., Sierra Piedra, G. y Blanco Vázquez, L. (1999): Carta arqueológica del concejo de Belmonte de Miranda. *Excavaciones arqueológicas en Asturias 4 (1995-1998)*, 303-306.
- Díaz Santana, B. (2001): Arqueología y Política en la investigación protohistórica de Galicia. *Complutum*, 12, 311-324.
- Dietler, M. (1994): Our Ancestors the Gauls: Archaeology, Ethnic Nationalism, and the Manipulation of Celtic Identity in Modern Europe. *American Anthropologist*, 96(3), 584-605.
- Estrada García, R. (2007): Inventario arqueológico del concejo de Somiedo. *Excavaciones arqueológicas en Asturias 5 (1999-2002)*, 429-433.
- Falquina Aparicio, A. (2005): *Etnoarqueología de las comunidades campesinas en transición: cambio cultural en la Sierra de Gredos*. Trabajo de Tercer Ciclo, inédito. Departamento de Prehistoria, UCM.
- Fanjul Peraza, A. (2005): *Los Castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional*. Ayuntamiento de Teverga, Teverga.
- Fanjul Peraza, A. (2007): Excavaciones en el castro de La Cogollina (Teverga). Nuevas perspectivas sobre las defensas artificiales de los castros asturianos. En: A. Fanjul Peraza (coord.), *Estudios Varios de Arqueología castreña*. Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad, Santander, 25-39.
- Fanjul Peraza, A., Fernández Rodríguez, C., López Pérez, M^a.C. y Álvarez Peña, A. (2007): Excavaciones en el castro de La Garba (Teverga), Asturias. Primeros trazos

arqueológicos del poblamiento castreño en la alta montaña. En: A. Fanjul Peraza (coord.), *Estudios Varios de Arqueología castreña*. Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad, Santander, 49-75.

Fernández Martínez, V. M. (1994): Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 49, 137-169.

Fernández Mier, M. (1999): *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*. Departamento de Historia, Área de Historia Medieval de la Universidad de Oviedo, Oviedo.

Fernández Rodríguez, C. (2007): Análisis de los restos óseos de macromamíferos del castro de La Cogollina (Asturias). En: A. Fanjul Peraza (coord.), *Estudios Varios de Arqueología castreña*. Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad, Santander, 41-48.

Figueiral, I.M.A.C.R. (1993): Charcoal analysis and the vegetational evolution of North-West Portugal. *Oxford Journal of Archaeology*, 12(2), 209-222.

Gándara V., M. (2006): La inferencia por analogía: más allá de la analogía etnográfica. En: *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*. Institució Milà i Fontanals, Barcelona, 13-23.

García Martínez, A. (1988): *Los vaqueiros de alzada de Asturias. Un estudio histórico-antropológico*. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias, Oviedo.

González Álvarez, D. (2007): Aproximación etnoarqueológica a los Vaqueiros d'Alzada: un grupo ganadero trashumante de la montaña asturiana. *ArqueoWeb*, 8(2). [<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>].

González Álvarez, D. (e.p.): Etnoarqueología del paisanaje tradicional como fuente de información en Arqueología. En: JIA (coord.), *Actas de las I Jornadas de jóvenes en investigación arqueológica: dialogando con la cultura material*.

González Fernández-Vallés, J.M. (1976): *Antiguos pobladores de Asturias*. Ayalga, Salinas (Asturias).

González Ruibal, A. (2003a): *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Akal, Madrid.

González Ruibal, A. (2003b): *Etnoarqueología de la emigración. El fin del mundo preindustrial en Terra de Montes (Galicia)*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Pontevedra, Pontevedra.

- González Ruibal, A. (2005): ¿Para qué sirven los celtas? En: G. Ruiz Zapatero (ed.): Un círculo de lectores: Miradas sobre los celtas del NO de la Península Ibérica. *Complutum*, 16, 181-185.
- González Ruibal, A. (2006-07): Galaicos: Poder y Comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.), tomos I y II. *Brigantium*, 18 y 19.
- Graña García, A. y López Álvarez, J. (2007): *Los teitos en Asturias. Un estudio sobre la arquitectura con cubierta vegetal*. Red de Museos Etnográficos de Asturias, Serie Mayor, Gijón.
- Hernando Gonzalo, A. (1995): La Etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al Pasado. *Trabajos de Prehistoria*, 52(2), 15-30.
- Hernando Gonzalo, A. (2002): *Arqueología e identidad*. Akal Arqueología, Madrid.
- Hernando Gonzalo, A. (2005): ¿Por qué la Historia no ha valorado las actividades de mantenimiento? *Treballs d'Arqueologia*, 11, 115-133.
- Hernando Gonzalo, A. (2006): Arqueología y Globalización. El problema de la definición del otro en la Postmodernidad. *Complutum*, 17, 221-234.
- Hill, J. D. (1989): Re-thinking the Iron Age. *Scottish Archaeological Review*, 6, 16-24.
- Hill, J. D. (1992): Can we recognise a different European past? A contrastive archaeology of later prehistoric settlements in southern England. *Journal of European Archaeology*, 1, 57-75.
- Hill, J. D. y Cumberpatch, C.G. (1993): Volviendo a pensar la Edad del Hierro. *Trabajos de Prehistoria*, 50, 127-137.
- Hodder, I. (1982): *Symbols in action: ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge University Press, New York.
- Hodder, I. (1994): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
- Kent, S. (1990): A cross-cultural study of segmentation, architecture, and the use of space. En: S. Kent (ed.): *Domestic architecture and the use of space. An interdisciplinary cross-cultural study*. Cambridge University Press, 127-152.
- Kristiansen, K. (2001): *Europa antes de la Historia*. Península, Barcelona.
- Linares García, F. (2004): *La Arquitectura de las brañas somedanas*. Universidad de Valladolid, Valladolid.

- López Jiménez, O. (2001): Europa y la creación de los modelos célticos. El origen del paradigma étnico-cultural. *Trabajos de Prehistoria*, 58(2), 69-88.
- Marín Suárez, C. (2005): *Astures y asturianos. Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias*. Toxosoutos, Noia (A Coruña).
- Marín Suárez, C. (2007): Los materiales del “Barrio Bajo” del castro de San L.luis (Allande, Asturias). *Complutum*, 18, 131-160.
- Marín Suárez, C. (2008): Revisión y estudio de los materiales del Castru d'Aracedo (El Franco, Asturias). *Férvedes*, 5, 297-306.
- Maya González, J. L. y de Blas Cortina, M. A. (1983): El castro de Larón (Cangas del Narcea, Asturias). *Noticario Arqueológico Hispánico*, 15, 153-192.
- Parcero Oubiña, C. (1998): La Arqueología de la Gasificación de Galicia 7: Hacia una Arqueología Agraria de la Cultura Castreña. *TAPA: Trabajos de Arqueología e Patrimonio*, 9.
- Parcero Oubiña, C. (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico*. Fundación F. M. Ortegalia, Ortigueira.
- Rapoport, A. (1990): Systems of activities and systems of settings”. En: S. Kent (ed.): *Domestic architecture and the use of space. An interdisciplinary cross-cultural study*. Cambridge University Press, 9-20.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce*. Crítica, Barcelona.
- Salzman, P. C. (2002): Pastoral nomads: some general observations based on research in Iran. *Journal of Anthropological Research*, 18, 245-264
- Sanahuja Yll, E. (2007): *La cotidianeidad en la Prehistoria. La vida y su sostenimiento*. Icaria, Barcelona.
- Señorán, J. M. (2007): Etnoarqueología de los grupos pastores. *ArqueoWeb*, 9(1). [<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>].
- Schiffer, M. B. (1976): *Behavioral archaeology*. Academic Press, New York.
- Suárez López, J. (2001): *Tesoros, Ayalgas y Chalqueiros. La fiebre del oro en Asturias*. Museo del Pueblo de Asturias, Gijón.
- Torres Martínez, J. y Sagardoy Fidalgo, T. (2006): La etnoarqueología en el norte de la Península Ibérica y el estudio de las sociedades protohistóricas. En: *Etnoarqueología*

de la Prehistoria: más allá de la analogía. Barcelona: Institució Milà i Fontanals, 95-108.

Uría Ríu, J. (1976): *Los Vaqueiros de Alzada y otros estudios. (De caza y etnografía)*. Biblioteca Popular asturiana, Oviedo.

Vázquez Varela, J. M. (2000): *Etnoarqueología: conocer el pasado por medio del presente*. Diputación provincial de Pontevedra, Pontevedra.

Whitley, J. (2002): Too many ancestors. *Antiquity*, 76(291), 119-126.

Wylie, A. (1985): The reaction against analogy. En: M. Schiffer (ed.), *Advances in Archeological Method and Theory*, 8. Academic Press, Nueva York, 63-111.

Yellen, J. E. (1977): *Archaeological approaches to the present: models for reconstructing the past*. Academic Press, New York.